

las mandíbulas y el extender la mano. Es tal á veces la estrechez, que se da uno con frecuencia por muy contento si tiene donde sentar la mitad de una de sus piernas. Se empieza á comer cuando las viandas están frías. Se tiene miedo de escaldarse al comer la sopa y se ve consumirse sin compasión una miserable menestra entretanto que llega un tardío benedictine. Cuando no tenéis sed se apresuran á servirnos tres personas y cuando deseáis beber nadie os mira. Á un hombre que acostumbra á beber una azumbre en cada comida, le sirven en una copa la cantidad de vino necesaria para enjuagar un cubilete, y agua como si se tuviese fiebre. Á menos de clavar el plato en la mesa no podéis estar libre de que un maldito paje, so pretexto de servirnos otro, os arrebatte el mejor bocado y lo mejor de la comida. Como prueba de distinción el escudero trinchante os sirve un pedazo gordo cuando lo queréis magro y magro cuando os gusta gordo. No se atreve uno á pedir nada y se sale siempre hinchado como un globo, relleno de carne pero nunca contento ni satisfecho.

Las desventuras que le esperaban en el camino de Saboya fueron múltiples y ridículas, pero contadas en estilo lleno de viveza para agradar á los lectores.

Scarrón personifica el género y ha resultado exacta la definición del gacetero Loret que decía: «Imitar á Scarrón significa excitar con gracia la risa, porque no hay espíritu burlesco, que, en este género de escribir, pueda compararse con él.»

Sabido es que fué un tipo muy extraño y que, tras una juventud aventurera, le dejó lisiado para toda la vida un grave accidente, que, sin embargo, no le quitó su buen humor á pesar de sus grandes sufrimientos. El caso ocurrió en un baile de máscaras. Era entonces galán y apuesto, y frecuentaba familiarmente los salones de Marión Delorme y de Ninón de Lenclos. Para ir á un baile de máscaras ocurriósele disfrazarse de pájaro. Untóse para ello con miel y se revolcó sobre un lecho de plumas á fin de adquirir apariencias de volátil. Emplumado de esta suerte, hizo varias visitas, pero como el calor había hecho derretirse la miel, fueron cayéndosele las plumas; persiguiéronle los muchachos, tuvo que ocultarse en un pantano y, para velar su desnudez, se hundió hasta el cuello. La glacial frescura del agua le produjo un terrible reumatismo que le convirtió en el gotoso y paralítico, de pecho hundido y espaldas convexas, de quien él mismo trazaba este divertido y lamentable retrato.

Dicen unos que no tengo piernas, y que me colocan encima de una mesa, en un estuche para que hable como una picaza; dicen otros que mi sombrero se halla sujeto con una cuerda que pasa por una polea y que yo lo bajo y lo subo para saludar á los que me visitan. En conciencia me veo

obligado á impedir que sigan mintiendo y por eso he hecho hacer el retrato que ves al principio de mi libro. Murmuras sin duda, porque todo lector murmura y yo murmuro como los demás cuando soy lector; murmuras, repito, de que no me muestre de espaldas. Seguramente no lo hago por volver las espaldas al público, sino únicamente porque lo convexo de mis espaldas es más á propósito para recibir una inscripción, que la concavidad de mi estómago cubierta por mi cabeza caída, y porque lo mismo por un lado que por el otro es fácil ver la situación, ó mejor dicho, el plano irregular de mi persona. Mi cabeza es algo gruesa para mi estatura. Tengo la cara bastante llena para lo descarnado que esta mi cuerpo, y cabellos suficientes para no tener que llevar peluca, pero bastantes canos á pesar del proverbio. Poseo bastante buena vista, aunque tengo los ojos saltones y azules y uno más hundido que otro, el del lado á donde inclino la cabeza. Tengo buena nariz, y mis dientes, que en otro tiempo eran perlas cuadradas, son hoy de color de madera y pronto serán de color de pizarra; he perdido uno y medio en la parte izquierda, dos y medio en la derecha y tengo dos algo cariados. Mis piernas y mis muslos han hecho primero un ángulo obtuso, después un ángulo recto y luego un ángulo agudo; mis piernas y mi cuerpo forman otro, y mi cabeza se inclina sobre mi estómago de modo que parezco una Z. Tengo los brazos encogidos lo mismo que las piernas; en fin, soy un resumen de la miseria humana. He aquí poco más ó menos mi figura.¹

Este hermoso Adonis se casó con la hija de una vecina que volvía de América y que se hallaba en la miseria. llamábase la Srta. d'Aubigné y descendía de aquel famoso d'Aubigné que se dió á conocer bajo Enrique IV por la confesión de Sancy. Aunque la muchacha era muy joven, decidióse el matrimonio² y hay seguramente algo conmovedor y triste en las tiernísimas cartas que dirigía á su desposada. Están llenas del amor más delicado. En efecto le escribía:

No sé si hubiera hecho mejor en desconfiar de vos la primera vez que os vi; hubiera debido hacerlo á juzgar por las consecuencias, pero ¿quién podía figurarse que una niña pudiese perturbar el espíritu de un solterón y quién hubiera podido sospechar que me hiciese suficiente daño para hacerme sentir el no hallarme en situación de tomar el desquite?... Es una desgracia y una tontería el que os ame tanto. Á cada momento siento ganas de ir al Poitou, lo cual, con el frío que hace, es un desatino. ¡Oh! volved por amor de Dios, volved ya que soy tan loco que pienso en echar de menos vuestra belleza ausente.

El día del contrato preguntó el notario á Scarrón qué es lo que declaraba como aporte de su futura, y el respondió: «Dos hermosos

1. Recuérdese el donoso retrato que de sí mismo traza Cervantes en el Prefacio del *Quijote*. Más parecido tienen con éste por lo burlesco el que hace Quevedo en el romance que empieza: *Paríome adrede mi madre*, y el retrato, también en verso, que trazó Espinel de su persona. (N. del T.)

2. El Sr. Cátulo Mendès llevó al teatro la vida de Scarrón en 1905.

ojos muy pícaros, un muy hermoso cuerpo, un par de lindas manos y mucho ingenio. »

— ¿Qué viudedad le aseguráis? añadió el notario.

— ¡La inmortalidad! replicó él.

No sospechaba cuánta verdad decía. Por su parte, murió durante un ataque de tos. « Si escapo de ésta, gruñía entretanto, haré una famosa sátira contra el hipo. » No escapó de dicho ataque y pudieron poner sobre su tumba la traducción que él mismo había hecho del epitafio de Trivulcio.

Celui qui cy maintenant dort
Fit plus de pitié que d'envie
Et souffrit mille fois la mort
Avant que de perdre la vie.
Passant, ne fais ici de bruit,
Garde bien que tu ne l'éveille,
Car voici la première nuit
Que le pauvre Scarron sommeille!¹

En cuanto á la viuda, Sra. Scarrón, se retiró á un convento, donde trabó amistad con Mad. de Thiange, por medio de la cual conoció á Mad. de Montespán. Luis XIV se fijó en ella y de esta suerte llegó á ser la famosa Mad. de Maintenón. Scarrón le había prometido la inmortalidad y ella la recibió por dos partes, primero por parte del pobre poeta paralítico y además por parte del gran Rey Sol.

El éxito de nuestro lisiado era muy grande, tanto por sus libros como por sus comedias. En la representación de *Don Jafet* hubo tales apreturas en los alrededores del teatro que quedaron ahogados dos porteros. ¡Raro efecto de la gloria! ¡Cuántos autores desearían que á cada uno de sus dramas resultarán ahogados dos porteros!

Sobresalió en lo burlesco. Su poema el *Tifón ó la Gigantomaquia* es el relato de la guerra de los gigantes con los dioses.

Al principio del poema los dioses han estado de comilona en el Olimpo. Júpiter se ha quedado dormido encima de la mesa, Juno se ha tendido en su cama, no muy castamente cubierta, y Marte, que llega de Flandes, bebe cerveza y jura como un borracho.

Todo este Olimpo se halla muy extrañamente habitado. Saturno es un viejo chocho que se apoya en su guadaña para no tropezar. Venus

1. El hombre que aquí reposa
Causó más piedad que envidia;
Sufrió mil veces la muerte
Antes de perder la vida.
No hagas ruido, caminante;
De no despertarle cuida,
Pues es la primera noche
Que el pobre Scarrón dormita.

es una ramera, y á Baco no le gusta la ambrosía, pues dice que no es más que limonada y prefiere el jamón de Maguncia y el vino de Borgoña. Júpiter es un borracho glotón y jura por el Corán, por lo menos tanto como un carretero.

Entretanto los gigantes se divierten en la tierra á su manera. Juegan á los bolos, pero ya se supone que dichos bolos no serán juguetes de niño; son rocas tan altas como el companario de Estrasburgo y, en vez de bolas, usan un pedazo de montaña; su partida de bolos produce temblores de tierra en la comarca. La bola del gigante Limnas le da por equivocación en un callo al gigante Tifón. Éste, en medio de su dolor, coge bolos y bolas y los tira al aire. Hacen una abertura en la bóveda celeste y van á caer sobre el aparador de la vajilla de los dioses, lo cual produce gran escándalo y ruido de platos rotos. Todos se despiertan sobresaltados. « ¡Cómo! dice Júpiter, ¿se atreven á romper el cielo como si fuera un techo de papel? ¿No estamos ya seguros aquí? »

Apolo que, después de terminada su jornada, ha dejado su rocín en la caballeriza y su diligencia en la cochera, se entera al entrar de lo que ocurre. Júpiter está furioso. El tal Tifón empieza á montársele en la coronilla. Manda á Mercurio que vaya á decirle que tendrá que darle cuenta de su conducta. Mercurio toma su caduceo, hiende los aires, y se para un momento en la montaña del Helicón para tomar un bocadillo en casa de las Musas, que se hallan ocupadas en aechar, en cerner y en hacer dulces. Mercurio los prueba, se limpia la boca con el revés de la mano y llega, por último, ya entrada la noche, al sitio en que los granujas de los gigantes preparan su cena. Han echado abajo tres bosques enteros para encender la hoguera en que han de asar centenares de bueyes, que ni siquiera se han cuidado « de desuncir de los arados ».

Mercurio es mal recibido, declárase la guerra y los gigantes escalan el cielo. Una mañana, al abrir su ventana, ve Júpiter al gigante Tifón que invade el Olimpo; siente sudores fríos, reclama su rayo, su mecha, su caja de pólvora y su trueno de bolsillo, y los dioses se ven obligados á huir disfrazados de animales.

Júpiter se torna carnero, su mujer Juno vaca, Neptuno lebre, Momo mono, Apolo cuervo, Diana gata, y Mercurio cigüeña. En esta forma huyen á Egipto, y Júpiter se clava una espina en un pie. Al fin Mercurio va á Menfis á comprar vestidos y á vender el collar de perlas de Venus. Vuelve con un mulo cargado de faldas y calzones, de suerte que los dioses pueden vestirse, recobrar su forma humana y alojarse en la posada. Allí se les incorpora Hércules, lo cual les da algún ánimo. Exhórtalos á atacar al enemigo y quedan muertos varios gigantes, lo cual los contraría mucho, puesto que hasta aquel momento no se habían

muerto nunca. Júpiter logra vencer á Tifón y le pone el monte Etna encima del pecho.

Ainsi presque toujours le vice
A la fin trouve son supplice,
Et jamais la rébellion
N'évite sa punition¹.

Los mismos procedimientos de trivialidad y de anacronismo le sirven para referir las aventuras de Eneas, que se encuentra perseguido en todos los mares antes de poder fundar en Italia el poderío romano. Cuando Eneas llega á Cartago, nos presenta el poeta á la reina Dido. ¿Quién podría reconocer á la tierna é interesante enamorada, cuya triste aventura hacia llorar á San Agustín, en el caricaturesco retrato que de ella nos trae el poeta?

C'était une grosse dondon
Grasse, vigoureuse, bien saine,
Un peu camuse à l'Africaine
Mais agréable au dernier point².

Abruma á Eneas con multitud de preguntas relativas á Troya y á la hermosa Helena, queriendo saber si usaba corcho en los tacones, qué clase de afeites empleaba, cuánto dientes tenía Hércules, si Paris era buen mozo, y á qué clase pertenecía la famosa manzana que había perdido á aquel desdichado príncipe.

Conocida es la ternura maternal de Andrómaca para su hijo Astiánax, tan delicadamente notada por Racine. El autor nos presenta al joven Astiánax mimado y echado á perder por su abuela Hécuba, que tiene con él toda clase de debilidades. Aquel muchacho era su ídolo y le tenía tan turbada la cabeza que, remangándose las faldas, y teniendo un palo entre las piernas, corría á más no poder. Andrómaca se dolía de que le echasen á perder, y Priamo, viéndole siempre hartándose de pan y manteca, decía con severidad: « ¡Ese niño no será cosa de provecho! »

La risa de Scarrón es despiadada; hasta la muerte del pobre y anciano rey Priamo degollado por Neoptolemo le sirve de pretexto para trazar un cuadro divertido. La huida de Troya es una desbandada cómica; cada uno echó mano de lo que pudo, « quién de una sartén,

1. Así casi siempre el vicio
Al fin su suplicio halla,
Y jamás la rebel'día
Sin su castigo se escapa.

2. Era una enorme matrona
Gorda, vigorosa y sana,
Algo chata á la africana,
Mas tenía muy buen ver.

quién de un cubo, quién de una fuente, quién de un celemin » según refiere Eneas á Dido.

En el camino pierde á su mujer Creusa y su padre le dice, para consolarle, que « se ha quedado tal vez atrás para arreglarse una liga ».

Dido, enamorada de Eneas, aparece como la más necia de las comadres.

El poema así contado resulta tan cómico que es cosa de creer, con Scudéry, que « Virgilio mismo soltaría la carcajada si se viese disfrazado de este modo ». Estos poemas demuestran sobre todo grandísima facilidad en el autor. Scarrón parece hablar rimando; es un caño abierto. Su facilidad para rimar se manifestaba en sus amables y fluidas epístolas en diversos metros. Su comedia *Las Ocurrencias del Capitán Matamoros* es un acto en versos octosílabos monorrimos.

Tomó mucho de España, casi todo su teatro y los cuentos intercalados en la *Novela Cómica*, así como los que publicó aparte; pero lo que no tomó de nadie fué el buen humor, la risa amplia, franca y ruidosa y los versos sonoros y empenachados que hacen de *Don Jafet de Armenia*, ó del *Guardián de sí mismo* comedias de inspiración y de resonancia enteramente románticas. Su cuadro de la *Feria de San Germán* está lleno de colorido, realzado por la vida y el movimiento. Leyendo sus versos parece que oímos los gritos de los cocheros, el ruido de la multitud que se agolpa, el sonido penetrante de los silbatos, de las flautas, de las trompetas, oboes y gaitas, los gritos de los vendedores y compradores y todo el tumulto de los feriantes, y parece que llega á nuestro olfato el olor de la grasa quemada. La descripción del mercado de los artículos de Oriente no puede ser más brillante y llena de animación.

Mientras la Fronda desencadenaba la malicia, la sátira y la vena de los libelistas, triunfaba el género burlesco y tenía la mayor boga. Trataba hasta los asuntos más rebeldes, pues, sin hablar de las Gacetas en versos extravagantes de Loret, de Subligny y de Robinet, ni de las chuscadas de Brébeuf, Barciét, Picou y otros muchos, apareció en 1649 una *Pasión de Nuestro Señor en versos burlescos* y también un *Éxtasis de la Francia desfallcida de amor ante Jesucristo crucificado, en versos burlescos*. Boileau fulminó los rayos de su crítica contra este y otros excesos semejantes, y el género cayó lo más bajo posible.

Le Métel d'Ouville compiló retruécanos y otras ineptias en su colección *Los cuentos en las horas perdidas del Sr. d'Ouville ó Colección de todos los chistes, ocurrencias, equívocos, burlas, simplezas, candideces, gasconadas y otros cuentos divertidos no impresos aún*.

Véase una muestra:

Una dama de muy poco caletre, pero que era mujer de un alto empleado y de la que hacían caso por respeto á su marido, había recibido como regalo un hermoso devocionario. Creyendo que todo lo que había en aquel

libro eran oraciones, se arrodilló en la iglesia y, abriéndolo justamente por donde se hallaba la licencia para la impresión, hizo la señal de la cruz y empezó á leer con gran devoción: « Se da licencia para imprimir y hacer imprimir el presente libro á Juan Petit, librero en París, etc., etc. » Volviendo luego la hoja donde está el calendario perpetuo, y haciendo de nuevo la señal de la cruz, dice: « Enero tiene treinta y un días pero la luna no tiene más que treinta y lo mismo sucede á las otras hasta fin de diciembre. » ¡ Oh! ¡ qué devotas eran estas oraciones!

He escogido una de las anécdotas menos imbéciles. No hay en ellas ni interés ni valor alguno. Son necedades para venderlas á dos sueldos en las ferias. Hoy día recurren á ellas abundantemente los periodistas para su sección de chistes.

El mismo Scarrón en su dedicatoria del libro V de la *Eneida* reconocía de buen grado que lo burlesco constituía un género secundario y hasta terciario:

Por Apolo, por las nueve Musas y por cuanto hay de venerable en la sagrada colina, estoy dispuesto á asegurar bajo mi firma ante quien se desee que todo el papel que empleo en escribir es completamente perdido y que habría derecho para pedirme cuentas de ello lo mismo que á Ariosto de quien tomo tantas picardías. Todos los disfraces de libros y, en primer lugar, mi Virgilio no son otra cosa que tonterías y esto es de muy mal augurio para compiladores de palabrotas, lo mismo para los que han caído sobre Virgilio y sobre mí como sobre un perro que roe un hueso, que para los otros que se entregan á este género de escribir como más fácil; es, repito, de muy mal augurio para esos burlescos dignos de la hoguera, que este año, que ha sido fecundo en esa clase de escritores tan incómodos como los abejorros, no lo haya sido también en trigo. Acaso los brillantes ingenios que se han propuesto mantener nuestra lengua sana y limpia, pondrán remedio al mal y el castigo del primer desdichado que se vea acusado y convicto de ser burlesco relapso y como tal, condenado á trabajar el resto de su vida en las obras del Puente Nuevo, logre disipar la funesta tormenta que amenaza al ingenio de Apolo. Por mi parte estoy enteramente dispuesto á abjurar de un estilo que ha echado á perder á tanta gente, y, á no ser por el mandato expreso de una persona de elevado rango que tiene toda clase de autoridad sobre mí, dejaría á Virgilio en manos de los que tan mal le quieren, y me atendería á mi infructuoso empleo de enfermo.

Persistió sin embargo en este género, porque á todo el mundo le gusta hacer aquello en que es maestro. Con la *Novela Cómica* en 1651, con su *Gaceta de Jacquemard de la Samaritana* en 1655 y con su *Oda á Fouquet* en 1656, siguió cultivando un género que decaía más cada día á pesar de la parodia de Virgilio y *Los Muros de Troya* de los hermanos Perrault, que, en 1659, dedicaron su festiva obra al lisiado Scarrón.

Cuando el P. Vavasseur, por invitación de Balzac, — que también sacrificó en honor de este género, — redactó el manual teórico del

género burlesco en su libro en folio de *Ludicra dictione*, escribió el testamento del mismo, y sólo las provincias siguieron admirando el *Tifón* que ni siquiera conocen ya hoy.

Se ve pues que el género burlesco hacía sus muecas para triunfar del género precioso. Boileau comprendía y aprobaba el ataque, pero hubiera querido verlo mejor dirigido; cuando veía una estocada bien dada no podía menos de aplaudir.

Bergerac, el gangoso desgarbado de largas piernas, cubiertas con grandes botas de montar flojas y acuchilladas, es un caso enteramente excepcional; tuvo un pie en cada campo y su enorme nariz fué suficientemente larga para servir de lazo de unión entre ambos extremos. Era precioso, y creyó seguir el viento haciéndose á la vez el hombre de los salones y de las tabernas.

Saviniano Cirano de Bergerac nació en París en 1619; se crió en casa de un cura de aldea de los alrededores de Bergerac y adquirió reputación de calavera por las malas pasadas que jugaba á su maestro y por las disputas que sostenía con sus camaradas. Uno de ellos se apegó á él y se convirtió en su más fiel amigo; fué éste Le Bret.

Desde la edad escolar se mostró Saviniano turbulento é independiente. Declaró á su padre que su viejo preceptor era un pedante incapaz y fastidioso. El buen caballero, á quien le importaban muy poco el saber ó la ignorancia, envió á su hijo á París al colegio de Clermont, donde tuvo por condiscípulo á Molière. Trabajaron juntos en el plan de una obra que cada uno conservó y compuso más tarde: Molière hizo *Las Picardías de Scapin* y Cirano, su comedia *el Pedante burlado*. De aquí proviene la analogía que hay entre ambas piezas. Ambos siguieron juntos el curso de filosofía del materialista Gassendi.

Saviniano se dejó llevar en París de su carácter pendenciero.

Esta edad, dice su amigo Le Bret, en que la naturaleza se corrompe más fácilmente y la gran libertad que tenía para hacer lo que le daba la gana, le pusieron en una peligrosa pendiente en la que me atrevo á decir que yo le detuve; porque habiendo acabado mis estudios y queriendo mi padre que sirviese en los guardias, le obligué á entrar en mi misma compañía. Los dueños que parecían ser en aquella época el medio más seguro y rápido de darse á conocer, le hicieron en pocos días tan famoso, que los gascones que formaban casi por completo aquella compañía, le consideraban como el demonio de la bravura y le atribuían tantos combates como días llevaba de servicio.

Las batallas no le alejaron de la literatura. Rimaba elegías en el

cuerpo de guardia, sin que le molestasen el ruido ni el movimiento. Marte y Minerva recibían igualmente sus homenajes.

Había sabido conquistarse amistades literarias. Sus servicios eran brillantes.

Asistió, dice el mismo Le Bret, al sitio de Mouzón donde recibió un mosqueazo que le atravesó el cuerpo y luego, al sitio de Arrás en 1640, donde recibió una estocada en la garganta. Pero las incomodidades que tuvo que sufrir durante ambos sitios, las que le causaron aquellas dos grandes heridas, los frecuentes combates que le atraía su reputación de valor y de destreza, que más de cien veces le obligaron á ser testigo (porque jamás tuvo una disputa personal), la escasa esperanza que tenía de ser recompensado, por falta de un protector, cosa enteramente incompatible con su carácter incapaz de someterse á nadie, y por último la gran afición que tenía al estudio, le hicieron renunciar por completo al oficio de la guerra que acapara enteramente al hombre y le hace tan enemigo de las letras como éstas le hacen amigo de la paz.

Mientras manejaba la pluma, no dejaba enmohecerse su espada. El Sr. Edmundo Rostand, en su comedia heroica *Cirano de Bergerac*¹ ha presentado admirablemente este aspecto de su carácter, es de decir el de espadachín y literato, cuando supone un duelo en el Hotel de Borgoña entre Cirano y el vizconde de Valvert.

Era terrible, con su enorme nariz que su bravura temible obligaba á respetar. Todo el que le miraba de través era hombre muerto. Imponía su capricho; prohibió al actor Montfleury que apareciese en la escena mientras él estuviera en ella, so pretexto de que le desagradaba. Envióle una carta famosa, *Carta á un hombre gordo*, en la que decía:

Al fin os he visto, hombre gordo; mis pupilas han hecho sobre vuestra persona grandes viajes y el día en que os desplomásteis corporalmente hasta mí tuve tiempo de recorrer vuestro hemisferio ó para hablar con más verdad, de descubrir algunos distritos... ¡ Oh! si se pudiesen enviar por escrito los garrotazos, leeríais mi carta con las espaldas, y no os admiréis de mis procedimientos, porque la vasta extensión de vuestros hombros me hace creer que sois una tierra tan firmemente que de buena gana plantaría en ella leña² para ver el resultado. ¿ Creéis pues que, porque un hombre no sea capaz de apalearos por completo en veinticuatro horas, y porque apenas sería capaz de desplomar en un día uno de vuestros omoplatos, crééis, repito, que pretenda yo dejar al verdugo el cuidado de vuestra muerte? No, no, yo mismo seré vuestra Parca; y ya habría acabado con vos, si me viese libre de una enfermedad para cuya cura me han recetado los médicos cuatro ó cinco tomas de vuestras impertinencias; pero inmediatamente que me falte diversión, podéis tener por seguro que haré dejéis de contaros entre los vivientes.

1. Esta hermosa obra, traducida, en castellano, es ya popular entre nosotros y hasta ha dado lugar á graciosas parodias. (N. del T.)

2. Es decir, os daría una paliza. El autor dice en francés: *je planterai du bois sur vous*. Es un juego de palabras intraducible. (N. del T.)

Montfleury, lleno de miedo, se retiró durante algún tiempo y no se atrevió á reaparecer en la *Clorisa* de Baro.

Otra vez, hallándose en la taberna con su amigo Linière, avisóle éste que los aguardaban á la salida unos cien hombres para darles un mal rato. « ¡ Pardiez! dijo Cirano, vámonos á tu casa, yo los arreglaré. » Desenvainando la espada, se encontró con los espadachines, mató á uno, hirió á varios y dispersó á los demás.

Generoso y servicial, tenía buen carácter y no se mostraba terrible sino con los tontos y los orgullosos; paseaba su vengadora tizona á través de las necedades y las impudencias. Le Bret completa en esta forma su retrato:

Pasó siempre por hombre de muy raro ingenio; á esto unió la naturaleza tan felices dotes en la parte material que jamás se dejó dominar por sus sentidos; de suerte que no bebía vino sino muy rara vez á causa, según decía, de que su exceso embrutece y de que hay que guardarse tanto de él como del arsénico (con el cual lo comparaba), porque toda precaución es poca con respecto á este veneno, cualquiera que sea su preparación. No era menos moderado en la comida, y prescindía en lo posible de guisos y especias, creyendo que los manjares más sencillos y los menos preparados eran los mejores; lo cual confirmaba con el ejemplo de los hombres modernos que viven tan poco, al revés de los de los primeros siglos que parecen no haber vivido tanto tiempo sino á causa de la sencillez de sus comidas.

Á esto unía tan gran aversión á todo lo que parecía interesado que jamás pudo figurarse lo que era tener bienes propios, pues los suyos eran más que de él, de los que sabía que tenían necesidad. Por eso el cielo, que nunca es ingrato, quiso que, del gran número de amigos que tuvo durante su vida, muchos le conservasen el cariño hasta la muerte y algunos más allá.

Sus apuros crecían y sus recursos no eran grandes. El único partido que quedaba para un literato consistía en lisonjear á los grandes para obtener subsidios ó una pensión á cambio de humillantes dedicatorias. Cirano se negó á ello hasta que llegó un día en que la necesidad le obligó á aceptar la hospitalidad del duque de Arpajón. En 1655 tropezó de noche con una viga y se hirió mortalmente. Murió á los treinta y cinco años.

Su carrera literaria no deja de ser interesante. Su tragedia *Agripina* muestra un talento muy elevado, pero peca por exceso de exuberancia. Fué silbada merced á una cábala. El *Pedante Burlado* manifiesta verdaderas cualidades de naturalidad, de buen humor y de malicia. En ella se encuentra la escena de la galera turca de que luego se sirvió Molière.

Sus *Obras diversas* dan testimonio de su flexibilidad para adoptar todos los géneros que estaban de moda, lo mismo el precioso que el

1. Recuérdese, á este propósito, el hermoso discurso acerca de la edad de oro, que pone Cervantes en boca de Don Quijote. (N. del T.)